

Desgarrada por el hierro, se entreabre la tierra para recibir la sémilla que se le confía.

Ante el hombre, las montañas se bajan y los valles se colman; penetra á las entrañas del globo y de allí saca una piedra, la coloca sobre el suelo y se levanta después sobre el firmamento, y se extiende en bóvedas suntuosas; otras veces se anima bajo el cincel y desafía la naturaleza por la pureza de sus líneas, por la precisión de sus formas y el atrevimiento de sus contornos. En una palabra, el hombre por medio del arte, domina la naturaleza, transformándola.

Pero aquí se detiene el poder del hombre: él no puede cambiar la substancia de las cosas; su poder transforma, es decir, cambia la forma de las cosas, pero nunca muda su ser.

Hay otra barrera al poder del hombre sobre la naturaleza; las fuerzas que la dominan y la gobiernan.

Aun sobre éstas ejerce el hombre cierto imperio: no puede cambiarlas, pero combinándolas puede sacar de ellas sensible provecho. Cada elemento entreabriendo su seno, le ha hecho ver sus partes más íntimas, sus propiedades más secretas, sus virtudes más ocultas.

El hombre ha podido notar cómo esas virtudes ocultas se atraen ó se repelen, se sostienen ó se neutralizan. El calcula su fuerza de inercia, su fuerza de expansión, su fuerza de proyección y su fuerza de resistencia. Empleando unas para combatir otras, ha hecho de ellas los satélites de su poder y los agentes de su actividad. De aquí ha nacido la industria, que ha domado los elementos, franqueado los obstáculos y triunfado de las resistencias.

De este modo, calentando un poco de agua en un tubo de metal, se encuentra el vapor que nos arrastra á través del espacio, y se trazan algunos caracteres en el extremo de un hilo, y el pensamiento rápido, como el relámpago, llega á las cuatro partes del mundo.

«Bajo vuestras manos dice Monseñor Freppel, la naturaleza entera se ha hecho el palacio de la industria humana, como también el templo del arte humano.»

Así ha obrado el hombre sobre la naturaleza física, pero ni puede cambiar la substancia de las cosas, ni puede eliminar las leyes que rigen al mundo.

La acción del hombre sobre el mundo físico,

limitada por esas dos imposibilidades, lo está por otra: el hombre no ejerce sobre el mundo físico una acción directa é inmediata, obra por el intermedio de los sentidos.

La materia no se pone en movimiento al escuchar la palabra humana; los elementos no se ponen á las órdenes del hombre, con sólo que él lo quiera; la acción del hombre sobre la naturaleza es indirecta y limitada.

Cristo obró sobre el mundo físico, y su acción no tiene las deficiencias que la acción del hombre.

Cristo cambió la substancia de las cosas.

En Caná mudó la substancia del agua en la substancia del vino, y sobre los bordes del lago de Tiberiades, forzó á la substancia del pan á que se multiplicara en los labios de cinco mil hombres.

Cristo á su voluntad extiende su acción soberana sobre las leyes que rigen al mundo.

Marchó sobre las olas, mandó á los vientos, calmó las tempestades, detuvo el curso de los elementos, derogó las leyes de la enfermedad y de la salud, y para coronar su soberanía sobre las leyes de la naturaleza, como si no fuera bastante la vida para dar testimonio de su poder, la muer-

te vino á testificar esa acción soberana é ilimitada cuando, fecundada por su soplo victorioso, la tumba de Lázaro se hizo la cuna de una vida nueva.

Cristo obró sobre la naturaleza y sobre sus leyes de un modo inmediato y directo; con una palabra, con un gesto, con una señal de su voluntad, obraba sobre el mundo exterior y el mundo le obedecía.

Dijo al leproso: *Quiero*, y el leproso quedó curado; dijo al parálítico: *Levántate*, y el parálítico marchó, llevando su lecho; dijo al ciego de Jericó: *Vé*, y el ciego vió; dijo al Centurión: *Vuélvete, tu criado está curado*, y lo estaba en efecto; inclinando su rostro divino sobre el ataúd del hijo de la viuda de Nain: *Jóven*, le dijo, *yo te lo mando, levántate*, y el muerto se levantó y anduvo.

Pudo lo que quiso y nada se encontraba entre su poder y su voluntad, ni como un obstáculo, ni como un medio.

El poder de Cristo sobre el mundo físico fué ilimitado, inmediato y directo.

Volviendo los ojos hacia el río de las edades, atravesando el Occidente y yendo hacia Roma, Grecia y el Oriente, no se encuentra un poder so-

bre el mundo físico que se asemeje á la acción sobrehumana del Divino Redentor de la humanidad.

Si, pues, Cristo ha ejercido sobre la naturaleza una acción directa é ilimitada, ha ejercido una acción divina, porque sólo Dios puede obrar sobre el mundo con un poder que no conozca límites ni tenga necesidad de intermedio.

Esta acción directa é ilimitada que Cristo ha ejercido sobre la naturaleza, es un hecho enteramente cierto que puede verse á la luz de la historia y que no está encerrado en la oscuridad de un testimonio equívoco, ni rodeado de las nubes que proyectan la incertidumbre y la duda.

A la vista de todo un pueblo realizó Cristo su acción soberana y omnipotente sobre el mundo físico: el Evangelio lo testifica, y el Evangelio, según se deja demostrado ya, con razones evidentes, es un libro veraz y auténtico.

Cristo, para probar su misión divina, apela á sus obras é invita á la nación judía para que juzgue de la verdad de su palabra por el esplendor brillante de sus maravillas.

«Si no creis mi palabra, decía, creed al menos mis obras, porque las obras que yo realizo dan testimonio de mí.»

Cuando los discípulos de Juan Bautista preguntaron al Señor si El era el que tenía que venir ó había de esperarse á otro, el amante Salvador, invocando su soberanía sobre el mundo exterior, no temió responderles: "Anunciad á Juan lo que habéis visto y escuchado; los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan curados, los sordos oyen y los muertos resucitan." ¹

Cristo anuncia abiertamente de esta manera, cómo ejerce, en presencia del cielo y de la tierra, sus derechos sobre la creación.

Ni el pueblo, ni el Sanhedrin, ni los escribas, ni los fariseos, ni los judíos, ni los paganos, se han atrevido á negar el poder soberano de Cristo.

Para escapar á las consecuencias de ese hecho sorprendente y maravilloso, recurren á explicaciones fútiles, como si una virtud mágica pudiera dar la vista á un ciego de nacimiento, como si un sortilegio bastase para saciar á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces pequeños.

Podrá decirse que el poder de Cristo ha triunfado de la sustancia de los cuerpos y de las leyes que los rigen, y que este hecho es un hecho sobrehumano, porque el hombre alterando las for-

¹ San Juan, v. 36, X, 33.

mas de la naturaleza por el arte y combinando las fuerzas físicas por la industria, jamás ha podido absolutamente nada sobre la sustancia de la materia ni sobre las leyes que la gobiernan.

Pero si esto es verdad, no lo es menos que otros antes de Jesucristo habían recibido un poder semejante.

Moisés y los Profetas realizaron obras que exigían poder sobrenatural.

Si otros han hecho, obrando sobre la naturaleza, prodigios como los que obraba Cristo, ¿cómo entonces la acción soberana de Cristo sobre el universo ha de probar su divinidad?

La respuesta es sencilla como la verdad, y como ella, evidente.

Ni Moisés ni ninguno de los Profetas se ha llamado á sí mismo Dios.

Cristo lo afirmaba sin reticencias ni vacilaciones.

Si Cristo se llamaba Dios, sin serlo realmente, y Dios lo había dotado de su poder para acreditar tal palabra, Dios mismo habría cubierto con su autoridad la usurpación más sacrilega, la postura más monstruosa: Dios no sería ya, en ese caso, ni la verdad, ni el bien; sería el error y sería el mal.

Es decir: ó Cristo es Dios ó Dios no existe.

Entre el ateísmo y la divinidad de Cristo no hay medio.

Por otra parte, el poder de Moisés y de los Profetas no es un poder propio, sino un poder comunicado.

“Yo multiplicaré, le decía Dios á Moisés, los prodigios sobre la tierra de Egipto.”¹

Cuando Elías resucitó al hijo de la viuda de Sarepta, elevaba á Dios su oración en estas frases: Señor, Dios mío, os ruego que hagais que vuelva el alma de este niño á su cuerpo.²

Moisés y Elías obraban como enviados, como ministros; Cristo obraba en su propio nombre, por su propio poder, por virtud que nadie le comunicaba.

“Yo quiero, le decía al leproso, queda curado.”³

“Jóven, á tí te hablo, levántate.”⁴

El tono de esta frase, el matiz de este lenguaje, no es de un poder delegado; aquí la soberanía brota de Cristo mismo, como de su principio y de su fuente.

Hay más todavía: Moisés y los Profetas no po-

¹ San Lucas, VII, 22.

² Exod, VII, 3.—Reg.

XVII, 22.

³ San Mateo, VIII, 3.

⁴ San Lucas, VII, 14.

dían transmitir, ni transmitieron nunca, á otros ese poder soberano que por delegación ejercían sobre el mundo físico.

Cristo, al contrario, esparce al rededor de sí y comunica al que le place ese poder soberano.

“He aquí los prodigios, decía, que realizarán los que crean en mí: arrojarán á los demonios en mi nombre; hablarán lenguas nuevas; tomarán las serpientes con la mano; si bebieren algún mortal veneno, no les causará mal; pondrán sus manos sobre los enfermos y éstos quedarán curados.”¹

“En verdad os digo, decía en otra ocasión, el que crea en mí, hará obras como las que yo hago, y aun hará obras más grandes.”²

Jesucristo, en consecuencia, no es solamente un enviado divino, puesto que ha ejercido, sacándola de sí mismo, una soberanía ilimitada y directa sobre el mundo y ha comunicado á otros el derecho de ejercerla en su nombre.

Confirmando su misión divina, sus obras prueban su divinidad.

Obrando sobre el mundo físico, ha obrado como Dios.

¹ San Marcos, XVI, 17 y 18. ² San Juan, XIV, 12.

Jesucristo ha obrado como Dios en el orden exterior y físico.

Su soberanía sobre la naturaleza no menos que su nacimiento y su palabra, prueban su divinidad.

Pero el hombre, no obra únicamente sobre la materia que lo rodea, y el polo que marca el límite del mundo, no es el término extremo de su actividad.

Más allá de las fronteras de la naturaleza sensible del mundo material, se extiende una región más pura, más tranquila, más luminosa, cuyos rayos vienen á reflejarse en el alma humana: esta región es la de la inteligencia.

Habitante del mundo exterior y visible, el hombre pertenece también al mundo invisible del espíritu.

El hombre mismo, es el lugar en que se encuentran, el punto en que se unen, la materia y el espíritu.

Si la naturaleza material envuelve, por decirlo así, á la inteligencia, la inteligencia á su vez penetra á la materia, la inunda con su luz, y unidas por esta estrecha liga, la inteligencia y la materia, se dan un ósculo de paz en el corazón del hombre.

Así es que el hombre vive y obra en el mundo de la materia; vive y obra en el mundo de las inteligencias: su poder no se detiene allí, donde su brazo ya no podrá llegar; al contrario se extiende hasta donde se prolonga la mirada de su espíritu.

El hombre, pues, está dotado de poder físico sobre la materia, y de poder intelectual que le hace obrar en el mundo del espíritu.

Cristo obró en el mundo físico como Dios; su potencia física, fué una potencia divina, porque estaba emancipada, como lo hemos dicho, de esas deficiencias inevitables que tiene la del hombre.

La potencia intelectual de Cristo, es también divina, porque no tiene los límites intraspasables que tiene la del hombre.

Es decir, Cristo, en el orden intelectual, ha obrado como Dios; su acción, sobre las almas, revela su admirable divinidad.

La potencia intelectual del hombre, es una maravilla, pero en ella se advierte una extrema debilidad unida á una fuerza no menos grande.

Al llegar el hombre al dintel de la vida, trae en sus manos la llama de la inteligencia, pero la luz de esta llama, es tan pálida, sus resplandores

tan inciertos, que la lámpara encendida cerca de un lecho fúnebre, tiene claridades más vivas, que aquella luz que brilla al derredor de una cuna.

Avanza el hombre, la llama de su inteligencia sube, pero cuando creé que el sol de su sabiduría abraza con sus rayos el cielo y la tierra, se interpone entre él y el mundo la nube del error, como el invierno extiende su bruma entre la tierra y el cielo.

A cada paso, el error se precipita furioso sobre la inteligencia humana; el hombre combate sin tregua y nunca llega á triunfar completamente, ni llegará á triunfar, hasta que la luz que se levanta sobre su cuna vaya á ocultarse en el seno de Dios, que es su fuente.

En la infancia está envuelto el entendimiento en brumas que con trabajo se disipan, las pasiones en la juventud amenazan sumirla en nuevas tinieblas: como la infancia y como la juventud, la edad madura tiene sus obscuridades y á veces sus cegueras. La vida intelectual del hombre es una tremenda lucha, una lucha incesante, en medio de la cual la grandeza del hombre, no menos que su deber, consiste en alcanzar, á través de los obstáculos que le rodean, la imagen de la verdad.

El espíritu humano, puede disipar, en parte las tinieblas que rodean el presente, y las que envuelven el pasado, porque el hombre goza de una doble vista: ve á la vez en el pasado y en el presente.

A cuatro objetos está reducida la vista del hombre en el presente: Dios, el alma, el mundo y la sociedad.

El hombre ve á Dios al presente, no en su esencia, pero sí en sus obras, lo ve á través de un velo, pero al fin le ve, y esta vista es lo que se llama en el mundo, la ciencia de Dios.

El hombre ve en sí mismo su alma, pero tampoco la ve en su esencia, la ve en sus facultades porque asiste á la irradiación de su pensamiento, al brote, digamos así, de sus deseos, al desenvolvimiento de todo su ser.

Esta percepción imperfecta del alma humana, se llama en el mundo, la ciencia del alma.

El hombre ve el mundo, pero tampoco lo ve en su substancia, sino en su forma: puede apreciar la simetría de sus leyes, la regularidad de sus movimientos, lo admirable del detalle y la armonía del conjunto.

Este conocimiento imperfecto se llama, la ciencia del mundo.

En fin, el hombre ve la sociedad de la base á la cima; ve lo que la funda, la afirma y la corona; estudia lo que hace su grandeza y lo que constituye su fuerza y su vida, y esto se llama, la ciencia de la sociedad.

Y no hay remedio: mirando el hombre dentro de sí y fuera de sí, no encuentra más que estos cuatro objetos: Dios, el alma, el mundo y la sociedad.

Así es que en el presente, el hombre no ve más que por la ciencia de Dios, por la ciencia del alma, por la ciencia del mundo y por la ciencia de la sociedad.

Admirable es la actividad de la inteligencia humana, paseando su soberanía sobre esta extensión tan vasta.

Pero no se detiene aquí; penetra en el pasado; hace, por decirlo así, que se aliente y vuelva á la vida lo que está sepultado en las sombras de la muerte.

Su mirada evoca á la humanidad y la hace revivir por el poder del recuerdo; sacudiendo el polvo de las edades, como dice Monseñor Freppel,

salen, los que pasaran, de la tumba en que Dios los ha colocado, para ofrecerse á nuestros ojos con el misterio que envuelve las grandes ruinas, con la majestad que distingue las grandes cosas.

La inteligencia humana puede conocer lo que la humanidad ha pensado, ha dicho y ha realizado en los siglos que nos han precedido.

Tocamos á Memphis, pasamos á Babilonia y Nínive, descendemos á Esparta y Atenas y nos detenemos en Roma; podemos oír la voz de Dios, que se hizo escuchar en los primeros días del mundo, podemos percibir lo que hablaron Abraham y Moisés, lo que pensaron Sócrates y Platón.

El pasado de la humanidad, dice Monseñor Freppel, no es una noche sin luz, ni un fantasma sin voz; es un libro abierto ante todos los ojos; cada uno puede leer allí las acciones de sus antepasados, sus crímenes ó sus virtudes, su gloria ó su ignominia.

Porque es tal la fuerza del espíritu humano, que parece que presta la vida á todo lo que toca, resucita lo que ya no existe, la muerte ante sus ojos es como si no fuera; al menos, triunfa de ella por el culto de la tradición y por el poder del recuerdo.

De manera que Dios, que ha puesto las tinieblas al derredor del hombre y detrás de él, para advertirle su pequeñez y su nada, ha querido igualmente que su mirada pueda disiparlas en parte y ensayarse aquí abajo para contemplar un día el sol de la verdad.

He aquí hasta dónde puede llegar el poder intelectual del hombre en el mundo: disipar las tinieblas que le rodean en el presente y penetrar en la noche del pasado, haciendo que ante su mirada resuciten los hombres y las cosas que ya no existen.

Pero aquí se detiene la acción intelectual del hombre: presente y pasado: he aquí los dos momentos de la duración que pueden caer bajo el imperio de su intelectual soberanía.

El hombre no tiene en su mano el porvenir; el porvenir es un abismo de eternidad que sólo Dios puede penetrar y medir.

La visión del porvenir jamás podrá ser clasificada en el catálogo de la ciencia humana.

Por medio de pacientes investigaciones, con ayuda del cálculo, podrá predecir la aparición de un astro, su conjunción con otro; esto es prodigioso, pero es posible: esas cosas están arregladas

en su curso por leyes invariables, por leyes que nunca fallan; pero tratándose de la humanidad, que es esencialmente libre en sus actos y que no está, en consecuencia, sujeta á leyes invariables y ciegas, el hombre nada puede predecir.

La fuerza intelectual del hombre, por alta que se suponga, jamás será una virtud perfecta.

Si algún hombre aparece haciendo uso del poder profético que Dios se ha reservado, habrá que decir sin vacilación: no es el espíritu del hombre el que habla por la boca del que así profetiza, es el espíritu de Dios; ó es un enviado de Dios ó es Dios mismo.

Retrocediendo dieciocho siglos, nos encontramos en Oriente, en esa tierra de la profecía, ante un hombre que se llama el Maestro del porvenir y el depositario de sus secretos.

Y no es un sabio, porque sus mismos contemporáneos, admirándose de lo que sabía, confesaban que no había estudiado, y esto era lo que más aumentaba en ellos la sorpresa.

Tampoco era un hombre de Estado, porque jamás había franqueado el dintel de una corte, ni se había sentado en el consejo de los príncipes.

Todo el mundo, sorprendido ante su porten-

tosa sabiduría, proclamaba que era el hijo de un pobre obrero de Nazaret, que jamás había penetrado en las escuelas para adquirir la ciencia.

Y aunque fuera un sabio y un hombre de Estado, el porvenir habría opuesto á su ciencia ó á sus cálculos el velo del enigma y el silencio del misterio.

Y sin embargo, ese hombre extraordinario no temía para su palabra, que anunciaba lo futuro, el que alguna vez fuese desmentida.

“En verdad os digo, decía á las muchedumbres que le seguían, el Evangelio que yo anuncio será predicado en todo el Universo.”

Los ecos de esta palabra maravillosa no habían traspasado los límites de la Palestina, el que la pronunciaba no había podido hacer que aceptase su Evangelio más que un pequeño número de hombres y de las más bajas clases sociales; sin embargo, no temía lanzar al porvenir este desafío, prediciendo que su doctrina alcanzaría una doble conquista: sería universal y sería eterna.

“Tened confianza, decía á sus discípulos; vosotros daréis testimonio de mí en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria y hasta en los últimos límites del mundo.”

De este modo vuelve Cristo á afirmar altamente su poder profético.

“En cuánto á mí, decía en otra ocasión á sus amados discípulos, subo á Jerusalén; allí seré entregado á los príncipes de los Sacerdotes y á los Escribas me condenarán á muerte; me dejarán en manos de los gentiles para que ellos me insulten, me azoten y me crucifiquen, y después, resucitaré al tercer día.”

Nadie ha podido decir de sí mismo esas cosas; nadie se atreve á predecir lo que le pasará mañana, y sin embargo, Cristo no teme que la muerte desmienta su palabra y predijo su propio destino, como había profetizado el destino de su Evangelio.

“A la hora del peligro, decía también el amable Redentor, mis discípulos me abandonarán, uno de ellos me hará traición, el que más me amaba me negará tres veces; pero cuando yo haya difundido mi espíritu sobre ellos, confesarán mi nombre con peligro de su vida y al precio de su sangre ante los pueblos y los reyes.”

He aquí una profecía con todos los caracteres.

Nada hay tan difícil, ó más bien dicho, nada hay más imposible para el hombre, que leer en

los corazones, ya no los pensamientos y los afectos del presente, sino los sentimientos y los pensamientos del porvenir.

Nada tan imposible como anunciar futuros crímenes ó futuras virtudes, cuya raíz se oculta en las profundidades del alma humana.

“Jerusalén, Jerusalén, tú que das muerte á los Profetas y lanzas piedras contra aquellos que son enviados para salvarte, cuántas veces he querido juntar á tus hijos como la gallina junta á los polluelos bajo sus alas, y no has querido. Tu casa será abandonada, caerán sobre tí grandes azotes y de tu templo no quedará piedra sobre piedra.”

Aquí está trazado con la claridad más viva el porvenir de un pueblo y de un país.

Este hombre extraordinario que anunciaba estas cosas con tranquila y segura palabra, no temía que el porvenir desmintiera sus predicciones.

Y no las desmintió.

La Historia da testimonio de que á la letra se realizaron los acontecimientos que anunciaba su voz tranquila y majestuosa.

Treinta años después de Cristo, afirmaba San Pablo, escribiendo á los romanos: la fe que profesáis está predicada en el Universo entero.

Dieciocho siglos de creencia universal, están rindiendo un homenaje, mil veces brillante, al poder profético de Cristo.

El Apóstol Pedro, predicaba la resurrección de Cristo, y ni los judíos, ni los gentiles, ni los amigos, ni los enemigos, del resucitado del Calvario, desmintieron aquella predicación.

El nombre de Judas ha atravesado los siglos como el símbolo de la traición y el sinónimo de la infamia.

A partir del día de Pentecostés, los discípulos del Salvador, tímidos antes y pusilánimes, confiesan su nombre ante los tribunales de la tierra.

Los ejércitos romanos, pasando sobre las ruinas de Jerusalén y levantando en la cima de la montaña de Sión sus águilas triunfadoras, vienen á coronar la victoria de las predicciones de Cristo.

El porvenir, por lo mismo, ha venido á confirmar y seguirá confirmando la exactitud, la verdad infalible, de la palabra con que anunciaba Cristo las cosas futuras, que jamás han estado bajo el dominio de la inteligencia humana.

La mirada profética de ese hombre admirable, que apareció en el Oriente, atravesó los siglos, abrazando á la vez el pasado, el presente y el por-

venir, en la unidad de una sola y en una misma intuición.

Si Cristo ha poseído en su plenitud el poder profético, es un enviado divino, porque la profecía no es una ciencia humana; sólo es humana, como lo llevamos indicado, la ciencia del presente y la ciencia del pasado.

Dios solo es el principio y la fuente de toda profecía verdadera.

Ha habido algunos hombres que no han retrocedido ante el ridículo, buscando el porvenir en el vuelo de los pájaros ó en las entrañas de los animales; pero como lo ha hecho observar el más elocuente de los sabios de la antigüedad, Cicerón, dos de estos hombres no podrían mirarse frente á frente, sin reirse el uno del otro.

Así lo afirma en uno de sus más afamados libros.

Tan cierto es que la profecía es el signo irrefutable de una misión sobrenatural y divina.

Si Cristo es un enviado divino, si Dios lo ha armado de poder profético para acreditar cerca de los hombres su misión celeste, necesario es dar fe á su palabra, so pena de negar la verdad, de negar á Dios.